

Un padre del desierto para hoy.

Las siete palabras de Charles de Foucauld

Pablo d'Ors

Sacerdote. Escritor. Consejero cultural del Vaticano
Fundador de la Red de meditadores Amigos del Desierto
E-mail: dorspablo@gmail.com

Recibido: 24 de septiembre de 2016

Aceptado: 5 de octubre de 2016

RESUMEN: El 1 de diciembre de 2016 se cumplen cien años de la muerte de Charles de Foucauld, el "hermano universal", acaecida en Tamanrasset (Argelia) a la edad de 58 años. Su figura ha iluminado buena parte de la espiritualidad cristiana del siglo xx, con una radicalidad evangélica y una coherencia personal muy llamativas. Fue beatificado por Benedicto XVI en 2005. Este artículo reivindica la figura del hermano Carlos como un padre del desierto contemporáneo, a través de siete rasgos: búsqueda, conciencia, desierto, adoración, nombre, corazón y fracaso.

PALABRAS CLAVE: Charles de Foucauld, desierto, espiritualidad, hermano universal, padre del desierto, silencio.

1. Introducción

Desde la primera vez que vi el rostro de Charles de Foucauld, hace ya más de treinta años, supe que, de un modo u otro, aquel hombre iba a ser muy importante para mí. Todos queremos dejar huella en este mundo por medio de nuestro pensamiento y acción: creamos familias, escribimos libros, fundamos instituciones... Unos pocos, los imprescindibles, dejan huella de su paso por la tierra gracias a su contemplación y a su pasión. Charles de Foucauld fue, cierta-

mente, uno de ellos. Más que hacer, que desde luego hizo mucho, se dejó hacer; más que pensar, y pensó muchísimo, se vació de sí mismo hasta el punto de ser pura receptividad. Su rostro, tierno y vigoroso a un tiempo, surcado por la exigencia y la indulgencia, es, desde luego, un buen espejo de su alma. Foucauld hizo de su vida una obra de arte, es decir, un testimonio expresivo de la gratuidad. Por eso, con veinte años yo no pude pasar indiferente ante una mirada como la suya, que revelaba tanta plenitud. No es que ahora

haya desvelado el secreto de gracia que repujaron sus facciones, pero puedo hablar y escribir sobre todo esto con mayor conocimiento de causa. El rostro de este ermitaño y misionero refleja ese gozo y esa gratitud que son los signos inconfundibles del verdadero amor.

Sostengo que Foucauld es un padre del desierto contemporáneo, es decir, que su vida y obra, que ciertamente beben de la espiritualidad de figuras de la talla de Agustín, Benito, Francisco e Ignacio, se remontan a las de los famosos padres del yermo, que poblaron masivamente los desiertos de Siria y de Egipto durante los primeros siglos del cristianismo. A Foucauld, por tanto, para entenderlo en su verdadera dimensión, hay que hermanarlo con Dionisio el Areopagita y Efrén el Sirio, con Isaías el Anacoreta o Gregorio Nacianceno, por dar algunos ejemplos. La fuente de la que bebieron estos padres del desierto y que más tarde cuajaría en el movimiento hesicasta fue de la que también bebió el hermano Carlos, cuya misión —esa es mi tesis— no fue la de fundar algo radicalmente nuevo, sino la de reinaugurar para Occidente un camino contemplativo que había quedado en el Oriente cristiano, en particular en la república monástica del Monte Athos. A mi modo de ver, Foucauld recibió

el colosal encargo de recuperar esa milenaria tradición de sabiduría y de actualizarla. Por eso mismo su obra, siempre desde mi punto de vista, no ha hecho más que empezar. En este siglo y en el próximo nos daremos cuenta mucho mejor de la relevancia de su figura y de la envergadura de su misión.

Ilustraré esta tesis con las siete palabras que, a mi entender, reflejan más logradamente la aportación de aquel a quien hoy llamamos hermano universal: búsqueda, conciencia, desierto, adoración, nombre, corazón y fracaso. Con ellas pretendo dar cuenta no sólo de las categorías fundamentales que guiaron a nuestro personaje, sino apuntar a las razones de su actualidad.

2. Búsqueda

Baste una mirada superficial sobre la biografía de Foucauld (los lugares a los que viajó, la correspondencia que mantuvo, los oficios que desempeñó, los hábitos o uniformes que vistió, la gente de la que se rodeaba, las casas en que habitó...) para percatarse de que la vida de este hombre fue totalmente insólita. Foucauld no se parece a nadie. Su vida fue un continuo peregrinaje. Decía de sí, según las épocas, que quería ser monje o ermitaño, pero lo cierto es que via-

jó muchísimo, que se asentó en distintos sitios, que fue un peregrino estructural. Este cambio de horizonte, geográfico pero sobre todo existencial, esta metamorfosis constante que le llevó a ser hoy explorador disfrazado de judío y mañana autor de un diccionario tuareg, hoy soldado del ejército francés y mañana jardinero de unas monjas en Nazaret, pone a las claras su continua búsqueda. Foucauld no se cansó de responder al reclamo de su yo profundo, desde donde Dios le hablaba. Foucauld, como Gandhi o Simone Weil en otros órdenes, hizo de su vida un auténtico y continuo experimento. La razón de ello la tenemos en la siguiente palabra.

3. Conciencia

A través de los escritos de Foucauld, sobre todo los diarios espirituales y las cartas, nos damos cuenta de que este hombre se pasó la vida escrutando su conciencia, entrando en las motivaciones de sus actos, revisando su intención, examinando cada detalle minuciosamente, como aprendió de san Ignacio, proyectando sueños con que dar cuerpo a una intuición, mirándose en el espejo de Jesucristo, su *Bienamado*, estudiando lo más conveniente y oportuno, reprochándose sus faltas,

agradeciendo los dones recibidos, alabando por tanto bien y bondad, programando lo imposible. Foucauld, que fue un soldado en su juventud, no dejó de serlo en el fondo en su madurez. No solo era un enamorado, eso huelga decirlo, sino un estratega: alguien que planifica su entrega: que refuerza los flancos más endebles, que diseña planes para dar fecundidad a su ingobernable amor. Foucauld pasó muchísimos días y horas en la más estricta soledad y en el más riguroso silencio. Y en ese caldo de cultivo, aprendió a escuchar. Lo sobrecogedor de su personalidad no fue simplemente que se escuchó a sí mismo, y por eso a Dios y a los demás, sino que obedeció a la voz que escuchaba y, más que eso, que hizo de esa escucha y de esa obediencia un estilo de vida: siempre escuchando y obedeciendo, siempre tras la aventura de ser uno mismo. Siempre entendiendo que él era la mejor palabra, acaso la única, que Dios le había concedido.

4. Desierto

Este fue el escenario privilegiado de la escucha permanente y casi escalofriante de Foucauld. No es casual. Foucauld se convirtió en África del Norte, admirándose de la extraordinaria religiosidad de

los musulmanes. Foucauld entendió el desierto primeramente en clave metafórica, de ahí que buscara ser monje al principio en Ardèche y luego en Akbés y hasta en Tierra Santa; pero pronto volvió al desierto del Sahara, el de su juventud, a su amado Marruecos y a su deseada Argelia. Y allí era donde el destino y la providencia le esperaban. Los fenomenólogos e historiadores de la religión han resaltado que Asia Menor ha sido el principal foco del nacimiento de las religiones. No estoy pensando solo en las tradiciones monoteístas –el judaísmo, el cristianismo y el Islam– que tienen ahí claramente su cepa, sino también en los fenicios, los babilonios, los egipcios.

A esas tierras va también nuestro Foucauld, quizá porque pocos parajes de la tierra, al estar tan desolados, pueden evocar y remitir con tanta fuerza al mundo interior. El vacío exterior, por tanto, como incitación a ese trabajo de vaciamiento que en el cristianismo llamamos olvido de sí o pobreza espiritual. El desierto como el lugar de la victoria sobre la prueba o, lo que es lo mismo, como descubrimiento de esa zarza ardiente o llama de amor viva a la que se accede tras la noche oscura del abandono y la soledad. Foucauld vuelve al desierto como lo hizo Israel al salir de Egipto o como lo hizo el pro-

pio Jesucristo, poco antes de iniciar su ministerio público. Por eso Foucauld es para mí como un nuevo Moisés pero sin pueblo, o con un pueblo invisible. O como un nuevo y amoroso Jonás, predicando a su Nínive. Foucauld es un recordatorio permanente de cómo sin desierto y purificación no hay camino espiritual.

5. Adoración

En medio de ese desierto, espejo de su conciencia y territorio de sus búsquedas, Foucauld adora. Esta es una palabra que hoy nos resulta extraña, pero adoración significa, simple y llanamente, que el hombre no se realiza por la vía del ego, sino saliendo del propio *micromundo* y superando esa tendencia tan nefasta como generalizada a la apropiación y autoafirmación. Adoración quiere decir tan solo dejar de vivir desde el pequeño yo para dar paso al yo profundo, donde mora el huésped divino. La adoración u oración contemplativa es la única medicina frente a la idolatría del yo. “Adora al Señor tu Dios y sírvele solo a él”, es la respuesta de Jesús a la última tentación con que le prueba el diablo. Esto podría hoy traducirse así: Tú no eres el centro del mundo, sal de ti. Y esto es lo que Foucauld hace día y noche, horas seguidas, arro-

dillado ante su pequeño sagrario, lleno o vacío. Como pocos hombres y mujeres de nuestro tiempo, Foucauld corrió el riesgo de la soledad y de la diferencia. El riesgo de perderse definitivamente. Como pocos, atravesó ese muro de silencio que le presentó su propia miseria y que, tras años de combate, le condujo a una dulce certidumbre íntima. Lo sepan o no, todos los que buscan al misterio por medio de la meditación, tienen y tenemos en Charles de Foucauld a un maestro insigne. Amó mucho porque calló mucho. Hablamos de él porque se vació de sí.

6. Nombre

Esa adoración, esa peregrinación al propio centro donde está el templo de la verdad, esa desnudez absoluta siempre más radical, Foucauld la llevó a cabo, como un milenio y medio antes lo habían hecho los padres del desierto, con un arma tan sencilla como eficaz: el dulce nombre de Jesús. Pocos hombres en la historia como Foucauld han dejado un testimonio escrito tan elocuente de su apasionado amor por Jesús de Nazaret. Porque abres cualquiera de sus diarios por cualquiera de sus páginas y siempre, siempre, encuentras expresiones encendidas de un fervor casi insoportable:

“Te quiero, te adoro, quiero darte todo por ti, cuánto me amas, cuánto te amo, te doy las gracias, me pongo en tus manos, haz de mí lo que quieras, te alabo, mi Bienamado...”. El nombre de Jesús, como un incansable mantra, acompañó a Foucauld durante casi todos los minutos de su vida. Era un loco de amor, un apasionado de ese nombre, alguien que dejó que el nombre, y la persona a quien evoca, le poseyeran. Esto significa que la soledad en que Foucauld vivió era acompañada, por dura que en algunas ocasiones le pudiera resultar. Que su silencio era sonoro, por doloroso que se le pudiera hacer muchas veces. Solo hay una palabra que explica la increíble peripecia humana de Foucauld: Jesús.

7. Corazón

El nombre de Jesús, repetido incansablemente, invocado, soñado, escrito en centenares de miles de páginas, fue arraigando en su conciencia y en su corazón, de modo que ambas, unidas al fin en lo que podríamos llamar el corazón consciente, eran el lugar en que esa Presencia moraba. En un momento determinado de su vida, desbordado por tanto amor, Foucauld teje un corazón rojo en su hábito blanco, dando claras muestras de cómo ese corazón se le salía de las

entrañas. Foucauld fue, desde luego, un sentimental, y ello en medio de una personalidad poliédrica de incomparable riqueza. Aunque su llamada era a la oración contemplativa y silenciosa, él nunca abandonó la oración afectiva, alimentada por palabras e imágenes que le inflamaban. Practicó lo que los hesicastas llaman la guardia del corazón: sentir la vida, oculta y frágil, en cada palpitación; sentir la Vida con mayúsculas en esa vida nuestra, tan limitada como intensa, tan humana y tan divina.

8. Fracaso

Al término de su vida, poco antes de ser asesinado, Foucauld se encuentra –le ha costado varias décadas– con las manos felizmente vacías. Podría decirse que a lo largo de su existencia cosechó un fracaso tras otro: fue el último de su promoción en el ejército, del que estuvo a punto de ser expulsado repetidas veces por sus escándalos e indisciplina. Fracaso también como patriota y abortó su vocación de explorador, echando a perder una brillante carrera profesional. Monje fallido de la trapa de Cheilklé. Fallido también su quimérico proyecto de adquirir el Monte de las Bienaventuranzas, para instalarse allí como ermitaño. Inútil tam-

bién para ser un simple recadero o criado. Ni una sola conversión tras años de apostolado. Ni un solo seguidor tras haber redactado tantos borradores de una regla para sus proyectados ermitaños. Ignorado por la administración civil y por la eclesiástica, ni un esclavo redimido, ni un compañero para su misión. Foucauld es uno de los mejores iconos del fracaso. Porque prefirió los últimos puestos a los primeros, la vida oculta a la pública, la humillación al encumbramiento. Por todo ello, Foucauld es esa imagen en la que pueden reconocerse todos los fracasados de la historia. Y por todo ello veo a menudo a las gentes del mundo caminando en una dirección y a Foucauld en la contraria. Pero no es el único; hay otros con él, solitarios todos, todos locos. Y el primero de esa fila es el propio Jesucristo, el más loco de todos.

* * * *

Termino ya este vocabulario foucauldiano con un apunte muy personal. En mayo de 2014 fundé en mi ciudad la asociación Amigos del Desierto, una red de meditadores, creyentes y no creyentes, interesados en la profundización y difusión del silenciamiento desde la tradición espiritual del hesicasmo. Casi un millar de personas han sido iniciadas desde entonces,

Un padre del desierto para hoy

en diversos puntos de la geografía española y europea, a la oración del corazón. Y todos ellos en algún momento, y muchos a diario, recitan las palabras que Foucauld, verdadero fundador de estos Amigos del Desierto, que dejó escritas como testamento:

“Padre mío, me abandono a Ti. Haz de mí lo quieras. Lo que hagas de mí te lo agradezco. Estoy dispuesto a todo. Lo acepto todo con tal que tu voluntad se cumpla en mí y en todas tus criaturas. No deseo nada más, Dios mío.

Pongo mi vida en tus manos Te la doy con todo el amor de mi corazón. Porque te amo. Y porque para mí amarte es darme, entregarme en tus manos sin medida. Con una infinita confianza porque Tú eres mi Padre”.

Cuando escucho esta plegaria, proclamada a veces al unísono por centenares de amigos del desierto, siento un agradecimiento profundo y comprendo, como nunca, que no basta una vida para ver los frutos de una siembra. ■

SALTERRAE



WALTER KASPER
La unidad en Jesucristo

744 págs.
P.V.P.: 25,00 €

«Los cristianos podemos afirmar agradecidos que lo que nos une es más que lo que nos separa» (Juan XXIII). Nos llamamos hermanos y hermanas en la fe, y lo somos. En un mundo atravesado y agitado por numerosos conflictos, esta es una buena noticia. Cada vez somos más conscientes de que hoy las verdaderas diferencias no se dan entre católicos y evangélicos ni entre católicos y ortodoxos, sino entre quienes creen en el Dios misericordioso que se ha revelado en Jesucristo para salvación de todos los hombres y quienes no comparten esta fe o todavía no la han conocido realmente.



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
